

PILAR ESTEVES SANTAMARÍA. LA MESURA Y EL SOSIEGO

Por

M.^a DOLORES MADRID CRUZ
Universidad Complutense de Madrid

mdmadrid@der.ucm.es

e-Legal History Review 31 (2019)

Evoco tu risa y tu voz, Cuca. Te recuerdo un día antes del verano, iluminada por la luz que entraba en el despacho contándome con una sonrisa, ajena a lo que se cernía sobre ti, cómo uno de sus hijos te había preguntado, “mamá, ¿te vas a morir?” a lo que respondiste esperanzada, “hijo, espero que no”. Ese optimismo tuyo hizo que la muerte te encontrara trabajando en tu último proyecto, las mujeres procesadas por brujería, como si lo que habías sufrido en las últimas semanas fuera sólo un mal sueño. Un logro increíble, morir tan llena de vida.

Sé que la mejor manera de la que dispongo ahora para escribir acerca de tu repentina y cruel muerte es la de huir de los tópicos. Sucede que es demasiado pronto para contar la ausencia de una amiga muy querida que nos ha dejado muy pronto. Y me digo que tengo que calmarme para escribir unas líneas como éstas, que deseo resulten lo menos necrológicas posible. La escritura atenúa el dolor recordándote y compartiendo lo que fuiste para todos los que te conocieron.

El pasado 16 de septiembre, falleció, tras pocos meses de enfermedad, nuestra colega y amiga Pilar Esteves Santamaría –Cuca para todos-, Profesora Contratado Doctor de la Universidad Complutense de Madrid. Los que tuvimos contacto con ella hasta sus últimos días, podemos decir que llevó la enfermedad con enorme entereza, esperanzada en un nuevo tratamiento que le regalara más tiempo para estar con los suyos, en especial, con sus hijos.

La conocí en la séptima planta de la facultad, en el departamento de Historia del Derecho, en el invierno del año 1994 durante los cursos de doctorado, llenas ambas de expectativas, curiosas, deseosas por seguir aprendiendo como estudiantes, pero con las ansias de convertirnos en docentes y emular lo mejor de todo aquello que habían compartido con nosotras algunos de los mejores profesores de la universidad. Allí conocería también a quien años más tarde se convertiría en su compañero de vida, Carlos Parilla, un opositor en ciernes con alma de escritor.

Estos días, cuando algunas amigas y compañeras de facultad nos reunimos para celebrar la vida con su recuerdo, alguien me preguntó por qué la queríamos tanto. Avancé una respuesta: porque era una mujer buena. En lo personal con esto basta. En lo profesional, además era una académica que había eliminado la vanidad de su vida, sepultándola detrás de unos escritos interesantes sobre los que jamás mostró ninguna vanagloria. En esa misma reunión otra compañera me dijo que había encontrado en una de esas páginas que crean los estudiantes para dejar sus comentarios sobre profesores uno que decía así: “es una profesora entregada y trabajadora. Es muy buena explicando la materia, puedes sacar muy buena nota si te esfuerzas. Es una de las mejores profesoras que he tenido en el primer cuatrimestre”. Esa autenticidad hizo que conectará con los estudiantes año tras año.

Ha sido un ejemplo de dedicación genuina a la docencia. Maestra vocacional, aplicada, paciente, preocupada por todo lo que sucedía en el aula, en búsqueda permanente para lograr el mejor aprendizaje para sus estudiantes, exigente, tenaz y muy resolutiva. Era una mujer que vivía para enseñar, pero no para contar ni sus problemas en el aula ni sus obsesiones. Atenta siempre, recibió en el despacho a incontables estudiantes a lo largo de los años con dedicación y desprendimiento. Era una docente sobresaliente, pero no se lo creía. Mujer generosa, vital, con una energía admirable puesta al servicio de la universidad y de la amistad. Alargó la docencia hasta la fraternidad y se merece ahora no sólo la gratitud de aquellos a los que trató sino de la comunidad universitaria.

La exigencia que impuso a sus estudiantes se la aplicaba a ella misma. Era una incansable investigadora que se emocionaba trabajando en los archivos. Por necesidad como historiadora del derecho, pero sobre todo por la pasión de serlo. Decía que le encantaba estar entre papeles viejos, en silencio, escudriñando cientos de legajos, transcribiéndolos, analizándolos, tratándolos con la veneración del estudioso que sólo anhela el conocimiento. Cientos de testamentos, de cartas de donación, de juicios de residencia, de reales ejecutorias, de cuadernos particulares de Cortes y de otras muchas fuentes a cuyo estudio dedicó muchas horas de paciente estudio y esforzada dedicación.

Obtuvo una primera licenciatura en Derecho y más tarde en Historia. Secretaria del Instituto de Metodología e Historia de la Ciencia Jurídica de la Facultad de Derecho, miembro del grupo de investigación *Savigny* así como del consejo editorial de la revista virtual *Kinesia*, fue también coordinadora de posgrado en los últimos años en el departamento de Historia del Derecho. Su curiosidad investigadora la condujo a investigar un campo de la historia del derecho no muy habitual, el derecho privado en la modernidad. Autora de diferentes artículos y capítulos de libros, colaboró con importantes colegas españoles y portugueses en varios proyectos de investigación,

dejando en todos ellos un recuerdo entrañable. Quienes lean hoy sus trabajos podrán comprobar ahí la agudeza de sus juicios, y si bien los historiadores, las historiadoras nos sentimos tentados por la extensión, Cuca era en su escritura concisa, pero sin simpleza, certera, analítica, ordenada. Creía que el éxito académico no era nada. Desmontaba la pomposa estupidez y el fingimiento de la política académica más rancia sin acritud, mostrando su cara más absurda con un comentario siempre repleto de sentido común.

Era un ser humano tan sólo. Fue una de las poquísimas personas que consiguen mantener la coherencia entre lo que dice y lo que hace. Siempre tímida, modesta, trabajadora, pero muy alegre. Amante de su tierra segoviana, tenía un carácter puro, firme, leal. Su silencio era en muchas ocasiones sinónimo de prudencia. Ternura y sensatez, éstas son las dos palabras que creo que mejor la definen, y quizá la clave de su impacto personal.

Descansa en paz amiga, no hay nada mejor que haber dejado huella de tu paso por este mundo, una huella que nos hace recordarte con una sonrisa. Como decían los romanos: *¡Sit tibi terra levis!* Te echamos de menos.